

animales muertos; los unos sirven para apresurar la descomposición de los vegetales; los demás deben limitar la reproducción de aquéllos, devorando sus hojas, sus tallos y sobre todo los granos, tan numerosos en algunas especies. Ya veremos luego que algunas no hacen más que corroer la madera muerta; que varias atacan solamente los vegetales marchitos y enfermizos, y que no pocas se ceban sólo en las leguminosas. Ciertos coleópteros han servido y podrían utilizarse aún para el alimento del hombre, como por ejemplo, varias larvas que los habitantes de la Nueva Holanda buscan mucho. En las Antillas se come el *gusano palmista*, y Mr. Mulsant cree que el *Cossus*, tan apetecido por los romanos, no es la larva de la mariposa á que se ha dado este calificativo genérico, sino la de un gran capricornio de Europa conocido con el nombre de *Cerambyx heros*. Algunos coleópteros limpian el suelo dividiendo los excrementos de otros animales; varios forman con estas materias bolas para depositar sus huevos, las cuales hacen rodar por medio de sus patas á los agujeros que practican con el objeto de preservar á sus hijuelos de los enemigos. Sin embargo, muchos coleópteros hay en cambio que son nocivos para el hombre, destruyendo los vegetales que principalmente le sirven de alimento ó que se emplean para los usos de la vida. En el estado de larvas causan los mayores destrozos; pero también hay algunas especies que continúan perjudicando después de alcanzar su desarrollo perfecto, como sucede con el gorgojo de los trigos, las alticas, etcétera.

Siendo este orden uno de los más numerosos en especies, dicho se está que deberemos limitarnos á indicar algo acerca del género de vida de las más notables, siguiendo, como siempre, el orden establecido por el autor y empezando de consiguiente por la familia de los coccinélidos, insectos conocidos también con los nombres vulgares de coleópteros de Santa María en varios países y de cochinitos ó marranitos de San Antón en nuestra España.

En la estación en que toda la naturaleza se dispone á entregarse al sueño invernal, cuando las hojas de los árboles y arbustos adquieren un color amarillento antes de caer y los pequeños seres se apresuran á conquistar un buen lecho para dormir, difícilmente se verá una hoja seca algo enroscada en cuya cavidad no se hallen cuando menos tres, cuatro ó cinco coleopteritos con puntos negros en el dorso, mezclados á veces con manchitas claras, los cuales esperan que la hoja caiga y que la hojarasca los cubra en el suelo. Oprimiéndose unos contra otros, algunos se albergan en las copas de los pinos jóvenes, mientras otros se ocultan detrás de la corteza de alguna añosa encina, ó bien se reúnen debajo de una mata de hierba en la pendiente de un foso orientado al Sur, como lo hace en particular la pequeña *Micraspis duodecimpunctata*, de color de madera, cuyos élitros, de sutura negra, están cubiertos de numerosas manchitas del mismo color; los pequeños insectos están colocados de modo que parecen un montoncito de semillas de pimiento, y entonces se les encuentra siempre en gran número en los escondites donde han de pasar el invierno; también se introducen en nuestras habitaciones, pero llegado el verano salen al aire libre. Siempre son más numerosos allí donde los pulgones de las hojas, esos diminutos insectos verdes, pardos ó negros, acuden para chupar el jugo de las plantas, porque sirven de alimento á casi todos estos coleópteros y más aún á sus varias larvas. Sus nombres populares demuestran cuán conocidas son las especies que, atendido su régimen alimenticio, se deben cuidar cuanto sea posible.

Los coccinelas, representados por unas mil especies, están esparcidos en todos los países del globo, ó por lo menos en la mayor parte de ellos; muchos se encuentran en Europa y en América, particularmente en Colombia; viven en los árboles

y en las plantas; aliméntanse principalmente de pulgones, y cuando se les coge expelen un licor amarillento de olor penetrante y desagradable.

Los crisomélidos se alimentan de las partes blandas de los vegetales: es muy raro que se multipliquen hasta el punto de perjudicar realmente, pero en nuestros países se ve en ciertas ocasiones á las especies más comunes despojar de sus hojas los arbustos en que habitan. Estos magníficos insectos se mueven con lentitud y de una manera vacilante; de día suelen permanecer inmóviles en las hojas, al pie de los árboles, ó debajo del musgo ó de las piedras; sólo manifiestan cierta actividad á la caída de la tarde ó durante la noche. Cuando se les quiere coger vierten por la boca ó las articulaciones un líquido amarillo rojizo; comunican á sus patas cierta rigidez y simulan la muerte.

Si se toca á la larva viva, hace salir por los tubérculos cónicos unos tubos membranosos que expelen un jugo blanquecino, cuyo olor tiene mucha analogía con el de las almendras amargas. Las metamorfosis se verifican en las hojas, y el despojo de la última muda se encuentra siempre apilotado en la extremidad caudal de la ninfa, que es manchada, poco más ó menos, como la larva.

Las especies del género crisomela son propias en su mayoría de Europa; las más bonitas, de magníficos y vivos colores metálicos, habitan con preferencia en las montañas. Muy conocidas son las alticas, pequeños crisomélidos que presentándose regularmente en grandes masas, tienen la propiedad de saltar, por lo que se les ha llamado pulgas de tierra ó pulgones. Su número es muy considerable y no faltan en parte alguna de la superficie del globo.

La América del Sur tiene especies que alcanzan hasta nueve milímetros, mientras que en nuestros países figuran entre los pequeños. Invernan en su mayoría en estado perfecto; pero como larva, empiezan también desde el principio de la primavera á producir estragos en los campos y en los jardines, siendo sobre todo perjudiciales cuando atacan á las plantas jóvenes (colza, alhelí, diferentes especies de coles, etc.)

La *Altica crucea*, lo mismo que la *A. oleracea*, tienen poco más ó menos el mismo género de vida. Al despertar á la vida del sueño invernal, el coleóptero abandona su húmedo lecho de invierno y trepa desde el suelo con tardío paso á causa de la escasa fuerza de sus músculos saltadores, por los arbustos y arbolitos de encina, corroyéndoles superficialmente y como retozando entre los capullos apenas nacidos. Sólo cuando son ya visibles las hojas verdes, se posan en ellas de un modo permanente para alimentarse, el macho montado en la hembra.

Pocas semanas después, los coleópteros disminuyen considerablemente, pero en cambio aumentan los agujeros en el tierno follaje; pues en vez de aquéllos, muertos ya, las larvas que les reemplazan necesitan en alimento más abundante. En junio y julio se las encuentra en gran número en una sola hoja, pero después descienden al suelo para transformarse en crisálida durante el mes de agosto.

La familia de los cerambícidos, ó coleópteros de cuernos largos (*Longicornia*), es una de las más ricas en especies, pues cuenta hasta nueve mil. En ella se encuentran los tipos más nobles, las antenas más hermosas y el brillo metálico más magnífico.

La *Saperda carcharia*, mencionada por el autor, es de color amarillo ceniciento: vésele en junio y julio en las ramas y en los troncos de varias clases de chopos y sauces, y parece perezosa, no despejándose quizás hasta la noche para atender á la reproducción. La hembra fecundada pone sus huevos á mucha profundidad, entre las rendijas de la corteza al pie de los troncos. Las larvas practican en los primeros

años galerías debajo de la corteza, y pasado el invierno penetran en la corteza y se elevan por ella en línea recta. Las largas astillas que arrancan son arrojadas por un agujero, con lo cual descubren más fácilmente su presencia. Pasado el segundo invierno, la larva, que carece de tarsos, alcanza la edad adulta, convirtiéndose en crisálida; entonces se esconde entre el serrín de las galerías tapadas y al cabo de pocas semanas sale el coleóptero. Donde se presenta en gran número perjudica mucho los plantíos de chopos que flanquean los caminos ó las huertas, etc., pues pueden ser derribados fácilmente por el viento. Los troncos viejos y habitados sólo por algunas larvas resisten á su taladro; pero como el coleóptero suele utilizar siempre los mismos sitios para anidar, aquéllos se echan también á perder con el tiempo, sobre todo si las larvas aumentan á causa de esta costumbre.

Otra saperda, la de los olmos (*S. populnea*), aparece en mayo y junio sobre las hojas del chopo temblón, siendo sin duda más vivaz que su congénere; vuela cuando brilla el sol y déjase caer si al tratar de cogerla no se consigue. El macho se echa sobre la hembra, que es algo más grande, y ambos descansan en las hojas ó los tallos de las plantas de que se alimentan, pudiéndose asegurar que las destruyen. En el árbol que les sirve de albergue se ven aquí y allá unas protuberancias nudosas con un agujero negro en la madera. El coleóptero sale de aquél y la larva devora dentro del nudo, convirtiéndose luego en crisálida. El sitio en que la larva se introduce á mediados de junio presenta excrecencias circulares. En el primer verano permanece entre la corteza, pero pasado el invierno se introduce en el tubo medular y se dirige hacia arriba; de modo que el interior de un tronco joven ó de una rama está agujereado por galerías longitudinales negras, de cuyas resultas la rama muere, porque de ordinario se instalan en la misma muchas larvas. Dada la importancia secundaria de los chopos en la selvicultura, la acción de este insecto es menos sensible que la de los anteriores; pero por lo que toca á las arboledas de chopos temblones, perjudicanlas bastante.

El lamia tejedor (*Lamia textor*) se encuentra en los sauces, donde se arrastra perezosamente por las ramas ó se para más á menudo todavía con cierta indiferencia, pues parece ser un insecto más bien nocturno que diurno. La larva vive también en las ramas de sauce, siguiendo el tubo medular, y practica en el extremo de su galería un espacio más ancho para su crisálida, envuelta en el serrín.

El aromia almizclado (*Aromia moschata*) taladra sobre todo los sauces y las raíces nudosas de los juncos, practicando galerías muy irregulares, y contribuye en compañía de otros coleópteros á destruir muchos árboles; y el cerambix héroe (*Cerambix heros*), que sale de la larva en el mes de julio, no se deja ver de día, ó asoma todo lo más las antenas por el agujero, retirándose apresuradamente si no nos acercamos con mucha cautela. Después de la puesta del sol sale de su escondite y vuela á poca altura, buscando á la hembra. El apareamiento se verifica de noche y dura poco tiempo.

De los priones, cerambícidos bastante enojosos, sólo podemos decir que á mediados de julio y en agosto se encuentran en la parte inferior del tronco de los árboles viejos, en las encinas y en las hayas. A la hora del crepúsculo vuelan pesadamente, zumbando de un lado á otro cuando los machos buscan á las hembras. Después del apareamiento estas últimas ponen sus huevos en la madera carcomida, la larva se alimenta durante varios años de las substancias en putrefacción y su estado de crisálida dura poco tiempo.

Una de las especies más dañinas de la familia de los bostríquidos y al mismo tiempo una de las de mayor tamaño, pues tiene cinco milímetros y medio, es el

bostrico tipógrafo, llamado también *bostrico común ó de ocho dientes*, pues lleva en cada lado de la profunda cavidad de la punta de sus élitros, rayados por series de gruesos puntos, cuatro dientes, de los que el tercero es el más fuerte; su color es pardo rojo ó negro de pez, con largos pelos amarillos.

Pasados los primeros días calurosos de primavera se ve cruzar el aire, con vuelo perezoso, á algunos tipógrafos que no producen ruido de ningún género. No se encuentran distantes de sus cuarteles de invierno, en los que vuelven á ocultarse cuando la temperatura baja. Hacia mediados de mayo suelen despertar de su sueño invernal, comenzando á reproducirse. Cuando gustan de los sitios en que han nacido ellos ó sus antecesores, lo efectúan así; en el caso contrario se elevan á gran altura en el aire para buscar á lo que parece sitios convenientes; y sin exageración, después de un año favorable á su desarrollo, ha podido comparárseles á bandadas de abejorros ó á pequeñas nubes.

Estos animalitos suelen manifestarse exigentes respecto á su residencia, pues gustan de la madera vieja con preferencia á la tierra; la cortada por el hacha ó por el viento, más que la de los árboles que se mantienen en pie; eligen con preferencia ciertos puntos y el pino liso (*Pinus abies*) á otras coníferas. Cuando han encontrado el lugar de su preferencia abren verticalmente un agujero en la corteza, en cuya cara interior practican otra cavidad mayor, en la cual se verifica el apareamiento, dando principio desde ella á la construcción en sentido vertical de la galería, donde depositan los huevos, según arriba hemos descrito. Las larvas nacidas abren sus galerías laterales á derecha é izquierda. Poco después de la puesta, las hembras mueren en la misma galería ó salen, si bien penosamente. La cría del todo desarrollada permanece cierto tiempo en el sitio en que nació, abriendo galerías irregulares llenas de desperdicios y que difieren mucho de la construcción primitiva. A medida que la estación adelanta permanece en ella para invernar; pero cuando el tiempo bonancible la atrae al exterior, vaga al aire libre, ocultándose después en otros sitios. Los coleópteros más precoces abandonan juntos su residencia durante el día después de una ligera lluvia; vuelan, hacen una segunda puesta, la que en las circunstancias más favorables alcanza todavía su completo desarrollo, invernando empero en la mayoría de casos en estado de larva ó de crisálida, sin estar expuesta á ningún peligro cuando la corteza está bien adherida y no penetra la humedad. Los que más resisten son los insectos perfectos, pues se ha observado que á su tiempo salieron de la madera de una balsa que había estado helada durante tres semanas. Las larvas y las crisálidas perecen fácilmente si se las expone á los rayos del sol, arrancando la corteza.

Considerada la fecundidad de estos pequeños animales, muchos de los cuales crían dos veces al año, no debe admirarnos que á veces centenares y miles de hectáreas de hermosos bosques se hallen infestados de ellos.

Los curculiónidos ó coleópteros de trompa son, con pocas excepciones, de tamaño regular, se mantienen de plantas, y como á menudo ciertas especies de aquéllas dependen de especies determinadas de éstas, el área de dispersión de los primeros está en íntima relación con el mundo vegetal. No hay parte alguna de una planta, desde el extremo de la raíz hasta la parte ya madura, que esté libre de los ataques de sus larvas.

Es familia riquísima también en especies, pues se han contado ya diez mil ciento cuarenta y tres.

Respecto á su distribución geográfica son superiores á todos los restantes coleópteros á medida que se encuentran más próximos al Ecuador. Prefieren la Amé-

rica al mundo antiguo, y sobre todo el Sur del citado continente es abundantísimo en insectos de esta clase, contando especies cuyo brillo y composición de colores es imposible describir. Dos de ellas se han exportado por el comercio, propagándose no sólo en toda Europa, sino también en otros continentes: la *Calandra granaria*, llamada también *Sitophilus granarius*, habita en los almacenes y graneros, porque se alimenta de la harina de trigo, y sus larvas del único grano en que la madre ha depositado el huevo. Aquí sigue la larva comiendo y alcanza su completo desarrollo cuando del grano sólo existe la cáscara, en la que se transforma en crisálida. Al cabo de cinco ó seis semanas después de la puesta del huevo se presenta á principios de julio la primera cría de los coleópteros invernados. Quince días más tarde los individuos jóvenes comienzan á propagarse, y antes del invierno se desarrollan por segunda vez, retirándose luego á las hendiduras de las tablas, de las vigas y de otros rincones del granero. Hace mucho tiempo se sabe que la limpieza y una buena ventilación son los mejores preservativos contra este enemigo, empleando últimamente con el mejor éxito un procedimiento ingenioso para hacer desaparecer la calandra: por medio de una ventilación efectuada con tubos colocados á intervalos de tres metros en los montones de trigo y merced á los cuales se pueden airear aisladamente, prodúcese dentro de aquellos la misma temperatura que en el exterior, y los coleopteritos, aficionados al calor que para su desarrollo necesitan, abandonan el trigo. Este procedimiento permite además hacer los montones de trigo más altos de lo que por lo regular sería posible sin perjudicar los cereales. La *Calandra granaria* es de un color cuyo matiz varía desde el pardo rojo al pardo negruzco, un poco más claro en las antenas y patas, y mide, exceptuando la trompa, unos cuatro milímetros.

El balanino de los avellanos (*Balaninus nucum*) y sus congéneres son las especies de nuestro país que tienen la trompa más larga. Todo el mundo conoce la larva en las avellanas y también el orificio por donde sale para transformarse en el suelo; todo el mundo sabe igualmente que en las avellanas con agujeros no se encuentra ya ningún insecto, y sí sólo las señales de su presencia y actividad. La hembra fecundada deposita un huevo á mediados de julio ó antes, en el interior de la avellana á medio madurar, haciéndolo en el tiempo que basta para cicatrizar la herida; de modo que es preciso examinar la fruta muy bien para poder reconocer las huellas de la lesión. Desde mayo el coleóptero vaga por los avellanos y encinas; pero no es nacido de las larvas del año anterior, porque éstas no se transforman hasta junio del año siguiente en ninfa, de la cual sale el coleóptero en agosto, presentándose ya en el mismo año, ú ocultándose hasta la primavera próxima. Tiene una trompa muy larga, cerdosa, ensanchada en la base y rayada, de color pardo rojo, ligeramente encorvada en el macho y muy arqueada en la hembra.

El hilobio de los abetos es un curculiónido odiado por los selvicultores y guardabosques á causa del perjuicio que ocasiona en los plantíos; porque no ataca los troncos viejos, cuya corteza es gruesa y dura, sino que corroe sólo la corteza tierna en determinados puntos. El tronco y rama heridas despiden el jugo, lo que les da un aspecto desagradable, volviéndose después los conos amarillos y muriendo por último la planta. Durante el apareamiento, el macho más pequeño cubre á la hembra; ambos permanecen bastante tiempo en esta posición, permitiendo se les observe en los troncos, montones de maderos, tablas, etc. Consumado el matrimonio, su apetito disminuye; los machos mueren y las hembras también, después de haber depositado sus huevos.

Estos son de color blanco sucio y transparentes; se depositan en las hendiduras de

troncos cortados, debajo de la parte gruesa y saliente de las raíces, sobre todo en sus extremos cortados, y por lo tanto pululan en los bosques, siendo los de mayor extensión, con preferencia á los pequeños y estrechos, verdaderos sitios de cría para estos coleópteros.

Las larvas salen dos ó tres semanas más tarde de los huevos, penetrando en galerías más ó menos onduladas, las que se ensanchan á medida que estos animales se desarrollan y llegan hasta la médula, ó si la corteza es muy delgada, más hacia el interior, internándose en las raíces hasta una profundidad de 0^m,64 por debajo de la superficie del suelo. La crisálida aparece en la extremidad más ancha de la galería. Por lo que respecta á la duración del desarrollo, éste no es tan regular que pueda apreciarse con toda seguridad, pues en invierno se encuentran larvas, crisálidas y coleópteros. Estos últimos viven debajo del musgo, de la hojarasca, en agujeros de otros insectos ó también en el suelo. Hay quien supone á la cría un año de existencia, otros opinan que debe contar dos: pueden tener razón unos y otros, porque el punto de cría, la mayor ó menor temperatura, el tiempo más ó menos favorable, según los años, la puesta más ó menos temprana de los huevos, son circunstancias que pueden influir esencialmente en el desarrollo.

Según hemos visto, en este caso no es la larva, sino el coleóptero el que causa los perjuicios, inmediatamente por la muerte de las plantas jóvenes, ó mediatamente porque los agujeros atraen al pequeño pisodo punteado, ó al escoltido de la corteza, continuando ambos la obra destructora, bien que cada uno á su manera. Ya hemos mencionado los puntos en que con preferencia se fija el coleóptero. También corroe los capullos que á la sazón no pueden desarrollarse, los retoños tiernos de mayo, que con facilidad se rompen á impulso del viento, atacando además los capullos de los pequeños alisos, abedules y fresnos.

Los apiones son unos pequeños curculiónidos representados por unas cuatrocientas especies diseminadas por todo el globo. Algunos pueden verse durante todo el año, pues cuando han despertado de su sueño invernal visitan los arbustos tan luego como éstos comienzan á revestirse de su verde follaje; otros se pasean por las plantas bajas, que sirven de alimento no sólo á los coleópteros, sino también á sus larvas; y en fin, hállanse en todas partes, aunque al pronto no se les ve á causa de su pequeñez. El cuerpo, que afecta la forma de pera, es más grueso en su parte posterior, prolongándose en la anterior por una delgada trompa cilíndrica, que suele ser más larga y endeble en la hembra que en el macho, y á veces más gruesa en su mitad posterior que en la anterior.

El apión frumentario tiene un color negro brillante, con la base de las antenas de un rojo amarillo, como el de las patas anteriores y los muslos de las otras, mientras que todos los artejos son negros, lo mismo que los pies.

Después de invernar los coleópteros se aparean, y hecho esto la hembra deposita varios huevos en las flores del trébol. Llegado el tiempo de la primera cosecha, las larvas son adultas y conviértense en crisálidas entre las flores.

El bruco de los guisantes (*Brucus pisi*) lleva este nombre específico por lo perjudicial que es para tales legumbres. En la primavera, lo más tarde á principios de mayo, este insecto sale por un agujero circular de los guisantes y permanece como muerto en medio de ellos ó en el suelo, cuando la temperatura es fresca; pero corre ó vuela contra las ventanas si hace sol. Tan luego como los guisantes entran en su primera flor, los coleópteros acuden y se aparean, y la hembra adhiere algunos huevos á la cáscara muy tierna; éstos son cilíndricos, cuatro veces más largos que anchos, en ambas extremidades redondeados y de amarillo de limón. Cuando termina la re-

producción, que naturalmente ocupa siempre algún tiempo, sobre todo cuando se interrumpe por varios días de lluvia, la hembra ha llenado su cometido y muere. Las larvitas penetran en la cáscara y buscan los guisantes, de cuyo desarrollo depende que una larva necesite dos ó se contente con uno. Si éste es bastante grueso para que la larva no interrumpa su desarrollo, ambos prosperan al mismo tiempo y un guisante basta al pequeño insecto para desarrollarse; si, por el contrario, el guisante es demasiado endeble cuando la larva se apodera de él, esta última necesita un segundo grano, en el que penetra bastante á tiempo para que la herida causada pueda cicatrizarse aún del todo por encima de aquélla. Con los guisantes más duros se recoge un gran número de estos insectos, aún en el estado de larvas; pero puede suponerse que en cada guisante habitado el coleóptero se ha desarrollado antes de principiar el invierno.

La familia de los meloidos ó cantáridas lleva también el nombre de vejigatorio (*Vesicaria*) porque algunas especies producen una materia particular, la *cantaridina*, que causa vejigas tan luego como se aplica á la piel: se emplea por lo mismo en ciertos casos por la medicina como remedio de uso externo, tal como los revulsivos, y en otras circunstancias también interiormente. Los antiguos ya conocían esta cualidad; pero es difícil sacar nada en claro de los nombres dados á los respectivos animales y de sus descripciones.

Las especies del género *Meloe* se presentan en época temprana del año, pues se ha encontrado la común el 11 de marzo; vagan por la hierba, entre sus tallos y en los caminos, en mayor número en el mes de mayo, disminuyendo después poco á poco, de modo que á fines de junio han desaparecido del todo. Su alimento se compone de plantas bajas, sobre todo de hierbas blandas, de violetas y otras, las que comen por la mañana y por la noche con gran voracidad. En esta ocasión abrazan la planta con sus largas patas y acercan á su boca con las patas anteriores la parte que quieren comer; páranse á veces mientras lo efectúan y demuestran por todos conceptos el mayor bienestar.

Cuando el sol es demasiado fuerte, buscan la sombra, avanzando con bastante rapidez, á pesar de su pesada estructura. Si se les toca recogen las patas y las antenas y dejan salir de todos los trocánteres la *cantaridina*, especie de líquido aceitoso y amarillo. Las palabras de Nicandro: «El ganado se hincha cuando ha comido el animal llamado por los pastores *buprestis*,» se refieren probablemente al coleóptero que nos ocupa. En la medicina veterinaria los meloidos se emplean en varias ocasiones, sobre todo en ciertas enfermedades de los caballos; aunque en tiempos anteriores representaban un papel mucho más importante, pues se refiere que los ditmarsos los secaban, los reducían á polvo y los bebían con la cerveza. Esta bebida, llamada *anticantarinus* ó *kaddentränk* (*kadde* significa meloidos), servía de remedio para toda clase de debilidad.

Cuando después de presentarse los coleópteros los sexos se han encontrado, se verifica el apareamiento. El macho muere en seguida extenuado, pero la hembra, sólo después de dar á luz la cría; á este efecto abre con las patas anteriores un agujero en terreno no demasiado blando, sirviéndose de las restantes para extraer la tierra. Al trabajar se revuelve varias veces, de modo que el agujero adquiera una forma bastante circular. Cuando éste ha alcanzado una profundidad de 0,026, sale del hoyo y pone el abdomen hinchado de huevos sobre el fondo del mismo, agarrándose con las patas anteriores al borde. Haciendo varios esfuerzos deposita un montón de huevos cilíndricos de color amarillo de yema, y antes de acabar este trabajo, con pequeños intervalos que sirven para recobrar nuevas fuerzas, empieza á

colocar tierra en el hoyo. El abdomen medio cubierto aparece por fin al exterior, y el animal acaba de cerrar el agujero. Después se aleja á su manera, rápidamente, para rehacer sus fuerzas con una buena comida. La madre aún no está pronta á morir; su provisión de huevos no se ha agotado, por lo cual repite el mismo trabajo descrito en dos ó tres diferentes sitios, confiando así á la tierra un enorme número de gérmenes. Deposita hasta mil huevos, á no ser que un tiempo continuamente desfavorable la retraiga ocasionándole una muerte lenta.

Al cabo de veintiocho á cuarenta y dos días nacen las larvas y buscan en seguida las flores más próximas, las anémonas blancas y amarillas, varias clases de renúnculos, crucíferas, etc.; pues saben muy bien que en ellas se presentarán también las abejas en busca de la miel. Entonces se las puede ver reunidas en espesos enjambres negros.

Estos pequeños seres no buscan el alimento, como otras larvas que salen del huevo; únicamente se esfuerzan en encaramarse al lomo de una abeja.

El animalito se pasea por en medio de los pelos de la abeja, y por lo regular no le hace daño alguno, sino que la considera sólo como un medio de alcanzar su prosperidad. La abeja á su vez construye su celda, la llena de miel y deposita encima de ella su huevo: este es el momento apetecido por la larva de meloideo, que bajando de su bienhechora, se

coloca sobre el huevo. Esta cierra la celda, y desde aquel momento empieza la vida verdadera de la larvita. Come el huevo, su primer alimento, y después de mudar la piel adquiere un aspecto esencialmente diferente, pues se transforma en larva de piel blanda, que puede ya aprovecharse de la miel, la que absorbe poco á poco hasta llegar á su completo desarrollo.

La cantárida vejigatoria, llamada en algunos países extranjeros *mosca española*, se encuentra muchos años en junio en algunas regiones, en número sorprendente, y descubre entonces su presencia á gran distancia por el olor penetrante que despiden. El grupo formado por estos animales devora todas las hojas de los arbustos de fresnos, siringas, de sauces y otras plantas, y sólo cuando ya no encuentra nada que comer prosigue su camino. Los élitros, de un bonito color verde, cubiertos de espesas arrugas y provisto cada uno de dos finos surcos longitudinales, en el macho de un verde de esmeralda y más prolongados, en la hembra más anchos y de un verde dorado más claro, caracterizan á estos animales, si no bastara por sí solo el olor. Las antenas filiformes tienen en aquéllos la mitad de la longitud del cuerpo, mientras que en éstas son la mitad más cortas. Este coleóptero, que mide 0^m,017 á 0^m,195, se distingue además por la cabeza en forma de corazón y por el escudo-collar transversal, obtusamente pentagonal.

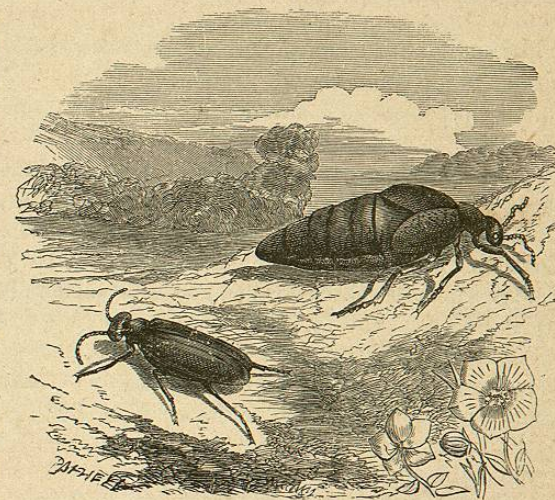


Fig. 687. - Cantárida vejigatoria. Fig. 688 - Meloe violáceo.